



La buena novela



Laurence Cossé

Traducción del francés a cargo de
Isabel González-Gallarza



IMPEDIMENTA



PRIMERA PARTE

Lo menos que se puede afirmar acerca de la desaparición de Paul Néon es que no levantó apenas revuelo en el cantón del Biot donde se sospechaba que se había afincado; ni siquiera en el minúsculo pueblecito de Les Crêts, cuya última casa ocupaba.

Paul se desplomó sobre una mullida alfombra de hojas en descomposición, que se extendía unos metros más abajo del camino forestal por el que resulta probable que avanzara tambaleándose; diez días más tarde, el joven Jules Reveriaz encontró su bufanda al borde del sendero, a quince metros del lugar en el que su dueño había caído. Dos o tres ramas secas crujió bajo su peso. Cuando el silencio se impuso de nuevo, una vibración lo quebró durante apenas un instante. Las hojas negras, al apelmazarse, emitieron un susurro de esos que solo las arañas de agua perciben cuando, por ejemplo, a orillas de una charca, tras escudriñar la oscuridad varios minutos, inmóvil y con el cuello erguido, un gato se tiende sobre el musgo. Un cuarto de luna velado de bruma iluminaba, a las diez de la noche, lo justo para distinguir el camino entre las sombras.

Lo más probable es que Paul no soltara su botella hasta que la relajación muscular heredada de la pérdida completa de conciencia no aflojara sus dedos. Fue Suzon quien, seis días más tarde, se topó

con esa misma botella, cuadrada y vacía, a un metro de la huella en el suelo de su cuerpo, el de un hombre fornido y corpulento, de unos cincuenta años; tenía que ser Suzon, que justo buscaba esa clase de indicio, y que lo habría dado todo por no encontrarlo. Pero si Paul perdió el conocimiento justo en el momento de caer, esa noche de tenue luna, o si ya en el suelo permaneció un instante con los ojos abiertos, si dejó escapar un grito, si pronunció una palabra o si ya no le quedaban fuerzas ni para mover los labios, eso nadie llegó a saberlo jamás, al menos en Les Crêts. Porque más tarde se averiguó que, como mínimo, dos individuos habían sido testigos de lo sucedido. Y calificarlos de «testigos» es quedarse corto.

A la mañana siguiente —bueno, en lo que quedaba de mañana a la hora en que acostumbraba a despertarse—, Paul había previsto leer, por orden, las dos versiones de *Mina de Vanghel*.¹ Pero ¿quién habría podido saberlo? Van reconstruyó esos pocos días a posteriori. Paul ya había leído *Mina de Vanghel*: la recordaba bien. Stendhal era uno de esos autores cuya obra se jactaba de conocer por entero. Pero no ocurrió hasta el último otoño que, al regresar al segundo tomo de una vieja edición de sus *Novelas y cuentos*, se topó con *El rosa y el verde*, y descubrió que ese principio de novela, aunque siete años posterior a *Mina*, se presentaba algo así como una introducción a dicha novela, inacabada también. De modo que esa mañana del 8 de noviembre su proyecto consistió, pues, en leer *El rosa y el verde* y, acto seguido, releer *Mina de Vanghel*.

Y decimos su proyecto, claro, por referirnos de alguna manera a sus actividades, pues Paul Néon carecía en realidad de proyectos y de horarios, no obedecía a rutina alguna ni llevaba una dieta equilibrada.

1. *Mina de Vanghel* es una *nouvelle* escrita por Henri-Marie Beyle, Stendhal, en 1830. Tradicionalmente, se la suele publicar acompañada de *Le Rose et le vert* (*El rosa y el verde*), novela inconclusa escrita en 1837. (*Todas las notas, salvo que se indique lo contrario, son del editor.*)

Que nadie me acuse luego de afirmar lo que no he escrito, porque no he añadido: «afortunado él».

Quizá por la tarde se escuchara en la planta baja de su chalé, si es que se lo puede definir así, un timbre de teléfono particularmente prolongado. Quizá se escuchara otro, una o dos horas más tarde, no menos desolado. Pero... ¿Quién habría podido oírlos, tanto uno como otro?

En ocasiones se veía a una joven subir hasta el chalé, siempre en un cochecito barato, con frecuencia un Twingo color cereza, de vez en cuando un Fiat negro, escasas veces un Nissan gris azulado.

Con frecuencia un Twingo, bueno; tampoco exageraremos. El dueño de l'Alpette, la tasca del pueblo, precisaría: «una o dos veces por trimestre». «Todos los meses», lo corregiría la señora Huon, de la Étoile des Alpes, «y siempre en sábado». La señora Antonioz lo confirmaría: «el coche rojo siempre en sábado, y los otros coches, entre semana. Habráse visto, qué inmoralidad».

En mi opinión, se trataba de alumnas suyas: en eso consistía la hipótesis de la señora Huon. «Alumnas universitarias», precisaba la señora Antonioz, que había trabajado como documentalista en el instituto de Albertville antes de jubilarse en el pueblecito de Les Crêts, y que alardeaba de saber que el señor Néon enseñaba en la universidad, en Chambéry. «Bueno, solo entre semana», añadía.

Porque la señorita de los sábados, si subía a visitarlo precisamente ese día y no otro, debía de ser porque entre semana trabajaba. Y, si trabajaba entre semana, entonces no era estudiante.

A decir verdad, de lo único de lo que estaban seguros en Les Crêts era de que, todos los miércoles, sin importar a qué tiempo se enfrentase ni el estado de las carreteras, Néon sacaba su vieja tartana del cobertizo de detrás de su casa, abandonaba el pueblo a las diez de la mañana y no regresaba hasta la noche.

«Así viven los profesores de universidad», se quejaba la señora Huon, «solo trabajan un día a la semana». «¡Huy, a veces ni eso!», exclamaba la señora Antonioz. Se tardan dos horas por lo menos en llegar a Chambéry. Si no contamos la hora de la comida, al final como mucho trabajaba medio día.

Podríamos deducir de lo que precede que el pueblo entero observaba, con minuciosidad incluso, los más nimios movimientos de Néon. Sin embargo, nadie en Les Crêts —ni el dueño de la tasca ni las susodichas señoras— reparó en que, la mañana del miércoles 9 de noviembre, Paul no sacó su coche ni se dirigió, como era su costumbre, en dirección al valle; nadie se percató tampoco de que no durmió en su casa la noche del martes al miércoles ni, ya puestos, la noche anterior. No se puede hablar aquí de verdadera curiosidad. En los pueblos alpinos poco poblados, así como en las ciudades dormitorio de la periferia de la capital, hoy en día todo el mundo se limita a ir a lo suyo. La indiscreción del entorno y el control social, que constituyen el reverso de la moneda, resultan en ocasiones un verdadero incordio. Pero, con todo, antiguamente, cuando alguien no se levantaba por la mañana, antes de mediodía el hecho era conocido en las diez casas más cercanas, y no importaba que ese alguien fuera soltero, tirando a viejo, poco hablador, mujeriego u oriundo de quién sabe dónde; siempre se acercaba alguna vecina a llamar a su puerta y a preguntar algo así como: «¿Está bien, señor Néon? ¡Eh, oiga! ¿Se encuentra usted bien?».

Sin embargo, ese miércoles 9 de noviembre, en Les Crêts, no ocurrió nada parecido. Ningún vecino se fijó en que Paul faltó a su única costumbre. Habían anunciado lluvia. Pero en realidad el tiempo se mantenía apacible, y aún tardarían en llegar las primeras nevadas. «Ya pueden decir lo que quieran, tampoco está para llover», calibraba Alfred, el de l'Alpette, considerando el cielo gris y tristón sin más. El dueño de la tasca se entretenía contrastando los pronósticos del periódico local con la realidad del momento. «Hoy en día los del tiempo», le confió a Parmentier padre, que tuvo el detalle de callarse y no espetarle que se sabía ya de memoria el discurso que el buen hombre se disponía a endilgarle a continuación, «ya no se conforman con equivocarse sobre lo que va a pasar en los próximos días. No, de eso nada. Ni siquiera dan ni una sobre el tiempo que va a hacer hoy mismo. Si anuncian lluvia, lloverá, pero ¿cuándo exactamente, eh? ¿Esta tarde? ¿Esta noche? ¿Mañana? ¿O *pasao* mañana? No lo saben mejor que los viejos, antiguamente, cuando se fiaban de sus articulaciones. Yo diría incluso que tienen menos idea todavía».